# Varlam Shalamov

## El mola tártaro y el aire puro

El calor en la cárcel era tan sofocante que no había ni una mosca. Las grandes ventanas con rejas de hierro estaban abiertas de par en par pero no daba ningún alivio: el asfalto ardiente del patio emanaba olas calientes de aire, de tal modo que en la celda era, incluso, un poco más fresco que en la calle. La gente se había despojado de toda la ropa; el centenar de cuerpos desnudos exhalando un bochorno húmedo y derramándose de sudor se revolcaban en el piso porque estar en las literas era imposible. Durante la inspección general, los presos se alineaban en calzoncillos, pasaban mucho tiempo en el baño duchándose con agua fría. Pero esto los ayudaba poco. Los que ocupaban los lugares de abajo en las literas de repente se convirtieron en poseedores de los mejores sitios. Hubiera hecho falta prepararse para un viaje lejano y los presos se burlaban, en su estilo sombrío, como de costumbre: después de la tortura por el calor nos espera la tortura por el frío.

El mola tártaro (procesado por el delito de "Gran Tartaria", con el cual nos habíamos familiarizado antes de que se publicara en los periódicos), un viejo de sesenta años pero aún muy fuerte, con un temperamento sanguíneo, de un pecho poderoso cubierto de pelos canosos, de mirada viva y de ojos oscuros y redondos, se frotaba con un trapo húmedo su cráneo calvo y brillante, y decía:

–Ojalá que no me vayan a fusilar. Diez años son nada. Este plazo lo temen quienes quieren vivir hasta cuarenta años. Pero yo deseo llegar hasta los ochenta.

El mola subía hasta el quinto piso sin agitarse cuando regresaba del paseo.

–Si me condenaran a más que diez años –continuaba reflexionando–, viviré en la cárcel veinte años más. Y si fuera en un campo de concentración –el cura hizo una pausa–, donde el aire es puro, quizá diez.

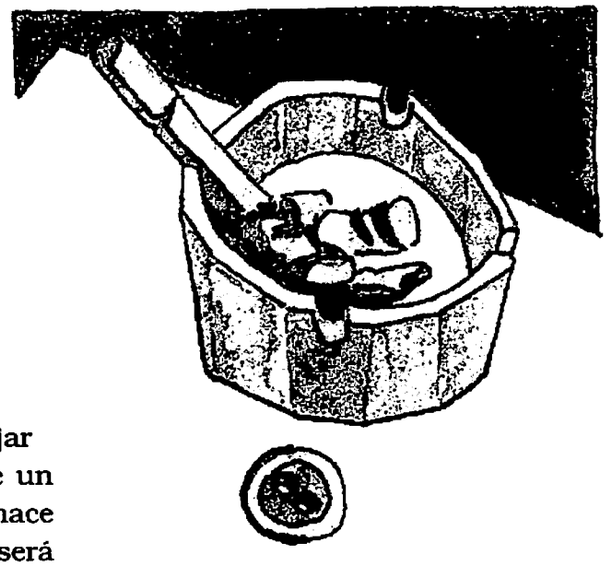
Hoy, cuando releí *Memorias de la casa muerta*, recordé a este

**Varlam Shalamov** (1907-1982) ocupa un lugar especial en el martirologio de la literatura rusa no sólo porque durante veinte años vivió en un campo de concentración y en su prosa –concisa y lacónica– logró expresar las terribles verdades sobre el experimento infernal del totalitarismo sino, también, porque reveló los límites antropológicos que separan el ser humano del inhumano. Presentamos uno de sus relatos traducido de la edición rusa: Varlam Shalamov, *Cuentos de Kolimá*, Sovremennik, Moscú, 1991.

TRADUCCIÓN DE MIJAÍL MÁLISHEV Y MANOLA SEPÚLVEDA GARZA.

mola inteligente y animoso. El sabía qué era el "aire puro".

Morozov y Figner pasaron en la fortaleza de Shlisselburg veinte años en un régimen rigorosísimo y salieron aptos para el trabajo. Figner, incluso, tuvo fuerzas para continuar su actividad revolucionaria y luego escribió sus memorias, en diez tomos, sobre los horrores sufridos. Morozov escribió una serie de trabajos científicos y se casó, por amor, con una joven estudiante.



Para que alguien fuerte, que empieza a trabajar en el aire puro invernal en una mina de oro de un campo de concentración, se convierta en "débil" hace falta de veinte a treinta días. Su debilitamiento será resultado de trabajar dieciséis horas diarias, sin días de descanso ni una comida normal, usando ropa rota, durmiendo en una tienda de campaña jironeada por temperaturas de sesenta grados bajo cero y sometiéndose a los golpes de capataces, delincuentes y guardianes. Este plazo se ha comprobado muchas veces. En las brigadas que empezaban a trabajar en las minas de oro durante el verano y que llevaban los nombres de sus jefes, nadie llegaba hasta el final, salvo el propio jefe y, quizás, algunos de sus amigos. El resto del personal se cambiaba varias veces. Las minas de oro constantemente arrojaban desechos a los hospitales, a los así llamados cuerpos de salud, a los poblados de inválidos y a las fosas comunes.

La temporada de extracción de oro empezaba el quince de mayo y terminaba el quince de septiembre, o sea, duraba sólo cuatro meses. En cuanto al trabajo en el invierno ni siquiera vale la pena hablar. Los integrantes de las brigadas, destinados a trabajar en las galerías de minas, eran hombres nuevos que todavía no pasaban ni un invierno.

Los presos que habían recibido su condena aspiraban salir de la cárcel para ir al campo de concentración. Pensaban que allá les esperaba el trabajo, el aire puro del bosque, la liberación anticipada por buen desempeño, la posibilidad de escribir cartas, recibir envíos de parientes y de obtener un salario. El hombre siempre cree lo mejor. Junto a las rendijas de las puertas del vagón, en el cual nos llevaron al Lejano Oriente, día y noche pululaban los pasajeros-encarcelados respirando con entusiasmo el aire nocturno empapado de los olores de las flores campestres puestos en marcha por el movimiento del tren. Este aire no tenía nada que ver con aquel cargado de fenol y de sudor que se respiraba en las celdas y que llegó a ser odioso durante el largo tiempo del juicio. En estas celdas se quedaban las imágenes del honor profanado y ultrajado y los recuerdos que querían olvidar.

Por ingenuidad, la gente pensaba que la cárcel de instrucción era una lugar insoportable ya que justamente allá se trastornó toda su vida. Esto es comprensible tomando en consideración que el arresto les había producido una conmoción muy fuerte. Ahora, al trasladarlos, inconscientemente, quisieron creer en la libertad, muy relativa, pero libertad; desearon una vida sin las malditas rejas, sin interrogatorios ultrajantes ni ofensivos. Pensaban iniciar una vida nueva sin la tensión que siempre surgía durante los interrogatorios. Los presos experimentaban un profundo alivio ya que creían que todo estaba decidi-

do irrevocablemente: la sentencia acusatoria había sido pronunciada, no había sido necesario pensar en qué responderle al juez de instrucción, no había que preocuparse por los parientes, no hacía falta construir planes para un futuro ni luchar por un pedazo de pan; ahora todo dependería de una voluntad ajena y no sería posible cambiar nada ni desviarse de los rieles brillantes que lenta, pero consecuentemente, los llevaban al Norte.

El tren iba al encuentro con el invierno. Cada noche era más fría que la anterior; las jugosas hojas verdes de los álamos ya tenían el color amarillo claro. El sol ya no era tan caliente ni deslumbrante, como si su fuerza dorada estuviera absorta e imbuida por las hojas de los arces, álamos, abedules y abelas. Las mismas hojas ahora emanaban luces. El sol pálido y anémico ya no calentaba el vagón, se escondía la mayor parte del día detrás de las nubecitas grises azuladas que aún no olían a nieve que, sin embargo, no tardaría en llegar.

El viaje por el mar era un nuevo paso hacia el Norte. La bahía los encontró con una ligera nevada, pero aún la nieve no había cubierto toda la tierra. El viento borraba la nieve de las amarrillas colinas congeladas y la arrojaba a las fosas de agua turbia y sucia. La nevada era transparente, como si alguien arrojara una red de pescar tejida con finos hilos blancos. Todavía no se veía la nieve sobre el mar, las olas grises obscuras, parecidas a las crines, lentamente cubrían las piedras verdes y resbaladizas. El barco estaba en la rada y, desde arriba, parecía un juguete; cuando la lancha los trajo a bordo y ellos, unos tras otros, subieron a cubierta para después desaparecer en las gargantas de las bodegas, el barco les pareció, inesperadamente, pequeño, quizá, por la inmensidad del agua.

Después de cinco días de viaje por el mar, los descargaron en la costa lúgubre, cubierta por el bosque, y los camiones los llevaron a diferentes lugares en donde, desde ese momento, tendrían que vivir y sobrevivir.

El aire saludable de la aldea se había quedado detrás del mar. Aquí tenían un aire enrarecido de selva boscosa impregnado de miasmas pantanosas. Los cerros estaban cubiertos de plantas marchitas y sólo las cimas desnudas de algunas colinas brillaban de caliza pulida por los vientos y tempestades. Las piernas se hundían en el musgo fangoso y, rara vez, los pies permanecían se-

cos en el verano. En el invierno, todo se congelaba. Las montañas, ríos y pantanos parecían monstruos siniestros y terribles.

El aire de verano era demasiado difícil para los cardíacos y el del invierno, insoportable. En el periodo de fríos extremos los hombres jadeaban. Aquí nadie corría, a excepción, quizá, de algunos jóvenes y hasta ellos corrían dando saltos.

Las nubes de mosquitos cubrían el rostro, era imposible dar un paso sin malla. Durante el trabajo, la malla no dejaba respirar y, al mismo tiempo, no se la podía quitar por los mosquitos.

En aquel entonces, se trabajaba dieciséis horas y todas las normas estaban calculadas partiendo de este horario. Si se tomara en cuenta el tiempo de levantarse, desayunar, distribuir las labores y caminar al lugar de trabajo, que ocupaban como mínimo una hora y media, y luego la comida, cena y preparación para el descanso que también ocupaban otra hora y media, entonces para el sueño (después de un difícil trabajo en el aire frío) sólo quedaban cuatro o cinco horas. La gente empezaba a dormir en el mismo instante en que cesaba de moverse, se ingeniaba, incluso, para dormir de pie o caminando. La falta de sueño les quitaba más fuerzas que el hambre. El incumplimiento de la norma los amenazaba con la ración de castigo: trescientos gramos de pan al día, sin caldo.

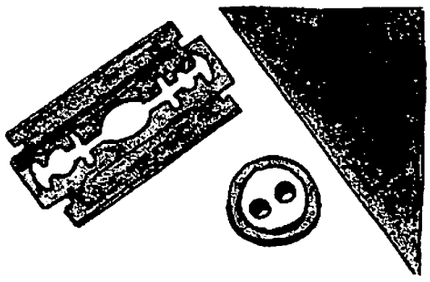
La primera ilusión que desapareció fue la del trabajo, de aquel trabajo del que se mencionaba en consignas escritas en todas las puertas de las instituciones del campo de concentración y que eran obligatorias según el estatuto del presidio: "El trabajo es un asunto de honor, de gloria, de valentía y de heroísmo". El campo podía implantar e implantaba sólo odio y repugnancia al trabajo.

El cartero mensualmente llevaba la correspondencia al comité de censura. Las cartas del "continente" y al "continente" tardaban medio año o simplemente no llegaban. Sólo los que cumplían con las normas podían recibir sus envíos y a los demás se los confiscaban. Esta disposición no era arbitraria, pues respondía a órdenes e, incluso, en algunos casos, los obligaron a firmar un documento correspondiente. No se trataba de un capricho de algún general-degenerado sino de una orden de autoridades superiores que había que cumplir.

Si alguien esperaba recibir un envío –tras el compromiso de compartirlo con el educador– no tenía un lugar en donde guardarlo. En el barracón, lo esperaban los delincuentes para quitárselo públicamente y repartirlo entre sus jefes. Era necesario comerse el envío de inmediato o venderlo. Había muchos compradores: capataces, jefes, médicos.

Existía una tercera vía, más usada. Muchos encarcelados entregaban los envíos a sus conocidos de campo o de la cárcel que trabajaban en lugares donde podían esconderlos o encerrarlos. O los entregaban para que se los guardara uno de los empleados libres. En ambos casos, siempre había un riesgo ya que nadie creía en la honestidad de sus compañeros, aunque esta posiblidad era la única para salvar lo recibido.

A los encarcelados nunca les pagaron ni un sólo centavo. A veces, les pagaron a los miembros de las mejores brigadas, pero era una cantidad tan insignificante que no les proporcionaba una ayuda más o menos seria. Algunas brigadas recurrían al siguiente truco: todo lo producido, lo adscribían a dos o tres personas para que obtuvieran un nivel que rebasara la norma y poder acceder al premio en dinero. A todos los demás –veinte o treinta personas– les correspondían una ración de castigo. Era una decisión ingeniosa. Si dividieran lo producido entre todos, nadie hubiera recibido ni un centavo mientras que, en este caso, dos o tres incluidos en la



nómina (a veces sin la participacón del jefe de la brigada) recibían alguna suma.

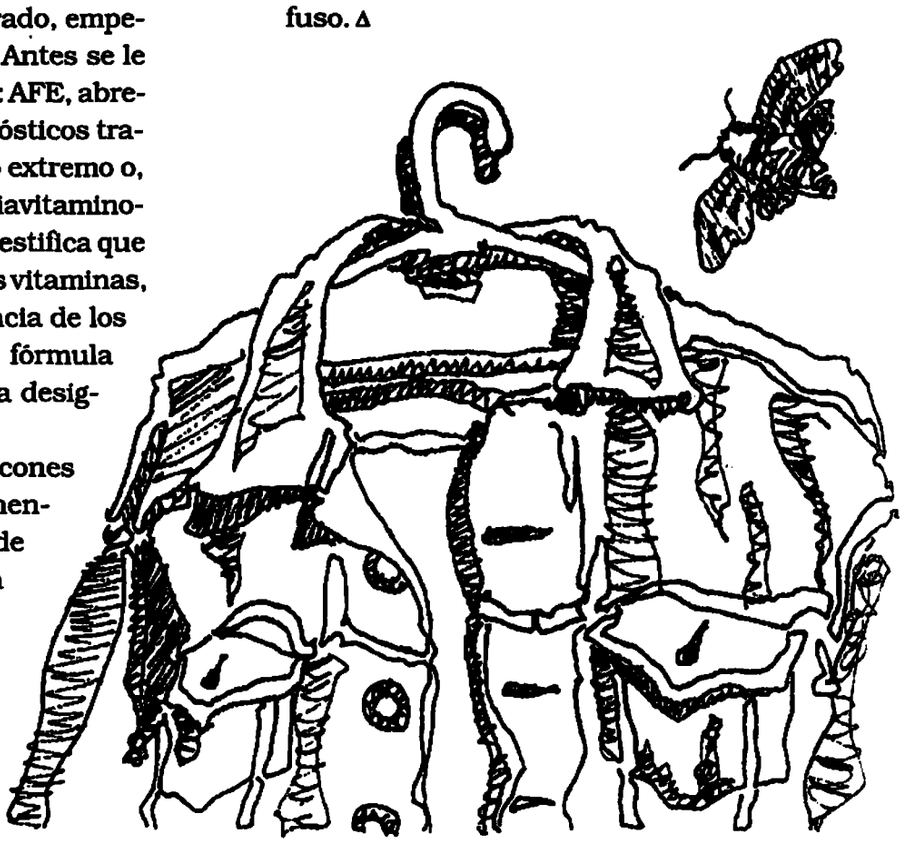
Todos sabían que las normas eran imposibles de cumplir, que no había ni habría salario y, sin embargo, muchos se interesaban por la tasa de productividad; le preguntaban al cajero y visitaban la oficina para pedir información.

¿Qué significaba esto? ¿Un deseo de mostrar su empeño de buen trabajador, un interés para elevar su reputación ante los ojos de las autoridades o, simplemente, depresión nerviosa a consecuencia del hambre? Esta última versión, parece más verosímil.

La cárcel de instrucción limpia, bien iluminada y cálida, en la que abandonaron hace mucho tiempo a todos, sin excepción, ahora les parecía el mejor lugar del mundo. Todas las ofensas de la cárcel fueron olvidadas y con entusiasmo recordaban que allá habían escuchado conferencias de verdaderos científicos y cuentos de personas sabias y de mucha experiencia; también habían leído libros, habían dormido y comido hasta hartarse y habían tenido un formidable baño de vapor; allá recibían envíos de los parientes, sentían que sus familias estaban cerca, casi detrás de las puertas de hierro; en aquel lugar hablaban libremente sobre cualquier cosa (en el campo este tipo de conversaciones se castigaba con un plazo adicional) sin temer a espías ni a carceleros. La cárcel de instrucción ahora les parecía más deseada que la

casa natal. Algunos presos, desde la cama de un hospital, aunque les quedaba poco tiempo de vida, imaginativamente decían: "Por supuesto que quisiera ver a mi familia y marcharme de aquí. Pero, aún más, quisiera regresar a la celda de la cárcel de instrucción, allá era más interesante que en la casa. Ahora les podría contar a los novatos qué cosa es el 'aire puro'".

A todas estas desdichas hay que agregar los padecimientos como el escorbuto, que se convirtió (como en el tiempo de Behring) en una epidemia peligrosa que se llevaba miles de vidas; la disentería, ya que los presos trataban de llenar sus estómagos dolidos comiendo lo que fuera, recolectando los desechos de la cocina en la basura cubierta por moscas; la pelagra –enfermedad de los pobres– que llegaba junto con el agotamiento, es cuando la piel de las palmas de las manos y pies sale como si fuera guante, también se descama el cuerpo como un gran pétalo redondo parecido a una huella digital; y, finalmente, la famosa distrofia alimenticia que era la enfermedad de los hambrientos, a la cual, sólo después del bloqueo de Leningrado, empezaron a llamar por su nombre. Antes se le conocía con diferentes terminos: AFE, abreviatura enigmática en los diagnósticos traducida como agotamiento físico extremo o, más frecuentemente, como poliavitaminosis; el nombre extraño en latín testifica que al organismo le faltaban algunas vitaminas, lo cual tranquilizaba la conciencia de los médicos que encontraban una fórmula cómoda y legítima en latín para designar lo mismo: el hambre.

No hay que olvidar los barracones húmedos y fríos en donde las hendiduras se habían helado desde dentro, como si fuera una vela esteárica derretida en un rincón... La ropa ligera y una ración pobre conducían al helamiento, y éste es un sufrimiento para toda la vida, si no se recurre a la amputación. ¡Y cuántos resfríos, pulmonías, tuberculosis y otras enfermedades había en estos lugares pantanosos y perniciosos para los cardíacos! Es conveniente recordar la frecuencia de los automutiladores que se cortaban sus dedos. Y si a todo esto se agrega el enorme agobio y la gran desesperación, no es difícil convencerse hasta qué grado el aire puro había sido peligroso en comparación con el de la cárcel.

Por eso no vale la pena polemizar con Dostoievski en cuanto a las ventajas del "trabajo" en el presidio y las cualidades del "aire puro" en comparación con la holgazanería de la cárcel. El tiempo de Dostoievski es otra época, y el presidio de aquel entonces todavía no había llegado a ser como aquí se relata. Es difícil formar una idea sobre esta materia, ya que todo aquello es demasiado excepcional, inverosímil y el pobre cerebro humano simplemente no tiene elementos para representar en imágenes concretas aquella vida, sobre la cual nuestro conocido de la cárcel, el mola tártaro, había tenido un concepto vago y confuso. ▲